

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Emili Solano, monje de Montserrat
18 de noviembre de 2007
Mal 3, 19-20a; 2Tes 3, 7-12; Lc 21, 5-19

En el año 70 de nuestra era cristiana, las piedras del Templo de Jerusalén cayeron bajo los golpes de los soldados de las legiones romanas: el Templo y la ciudad santa quedaron totalmente destruidos. Todo esto dio lugar a la dispersión del pueblo de Israel.

La comunidad cristiana de los orígenes, sostenida por la Palabra de su Señor, reflexionaba sobre estos acontecimientos. Era el momento de verificar su capacidad de resistencia en aquel trance delicado de la historia. ¿Cuál era su esperanza?

También hoy, los acontecimientos de nuestro presente provocan nuestra reflexión cristiana. Nos preguntan cuál es nuestra esperanza. Hoy son las legiones del relativismo y del laicismo agresivo quienes golpean con fuerza a nuestra vida cristiana, con su pretensión de prescindir totalmente de Dios o recluirla a lo privado. Las consecuencias son de sobra conocidas: destrucción de la vida no nacida o eliminación antes de la muerte natural, terrorismo, deterioro de la familia y del matrimonio entre un hombre y una mujer, imposiciones de una formación moral.

A la primitiva comunidad cristiana llegaban voces (personajes que se presentaban con prerrogativas mesiánicas) que hacían coincidir la destrucción del Templo con el final del tiempo o la parusía. En medio de la confusión producida por los desbarajustes políticos y bélicos, en la comunidad cristiana resuena con fuerza la voz de su Señor en el hoy salvífico de la historia. *Cuidado con que nadie os engañe. Porque muchos vendrán usurpando mi nombre... Pero así tendréis ocasión de dar testimonio.*

Lo que tienen que hacer los discípulos, en medio de tantos falsos profetas de mal agüero, es ser testigos del verdadero Señor de la historia, como siervos fieles que saben esperar, soportar, perseverar - en el trabajo humilde y sencillo de cada día (Lc 17,10). Como siervos proclamarán unas palabras tan verdaderas ante los jefes de las sinagogas, los gobernadores y los reyes que éstos no sabrán qué responder. A través del testimonio, personal y comunitario, el cristiano aprovecha todas las circunstancias para manifestar su adhesión a la verdad, suscitando así una pregunta en aquellos con los que entra en relación: pero esta vida, ¿de dónde nace?

El Señor nos decía: «*Ni un cabello de vuestra cabeza se perecerá: con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas*» (Lc 21,18). Son palabras de aliento que nos recordaba también el Evangelio de hoy. La capacidad de aguante debe ser entendida, pues, no como victimismo, sino como alegría, como deseo de dar la vida por el Señor. Son también palabras de paz en la hora de la disidencia doméstica. Aunque el templo haya sido destruido, Dios no deja de construir su Reino, no permite que su pueblo, reunido por Cristo, sea presa del miedo.

Tenemos aquí el ímpetu de la fe vivida al aire libre, que no teme el contraste franco y amigable con cada experiencia humana, con sus angustias y fracasos, también con sus hallazgos y proyectos. En realidad el testimonio cristiano, lejos de ser una amenaza para nadie, es una garantía para la libertad de todos, porque con su testimonio manifiestan el límite intrínseco a todo poder mundano: que no puede pretender dominar las conciencias, ni definir el significado de la vida, ni negar la dignidad que cada persona tiene como imagen de Dios.

Ante el hundimiento de cierto modelo de vida y la disgregación de los valores tradicionales, sería un acto de desconfianza y de desesperanza decir: «No puedo hacer nada». Sería, además, vivir fuera del tiempo intentar volver a poner en pie viejas instituciones, echando de menos con nostalgia la vida de un tiempo pasado, mostrándonos incapaces de dialogar con el mundo actual.

Dios nos pide que trabajemos en su nombre. El compromiso que tenemos es el de construir el Reino de Dios en el hoy, reconociendo que el tiempo que nos ha tocado vivir es apasionante.

Se nos invita a lograr que en nuestras comunidades cristianas sea posible experimentar plenamente todo aquello que es humano, fruto del encuentro con Cristo, de la mentalidad de Cristo. Sólo estas comunidades serán capaces de proponer y vivir las implicaciones personales y sociales de la fe cristiana, mostrando así su relevancia a nuestros contemporáneos.

Es el camino bello, doloroso y paciente, que nadie nos ahorrará recorrer.